

**Epicuro y San Agustín.
Aproximaciones filosófico-teológicas al sentido de la muerte**

*Joel I. Román Negroni
Carlos A. Gómez*

1. La amistad: mutua ayuda ante la muerte según Epicuro

La decadencia de las antiguas *polis* es un problema que ha llevado a pensar que el período alejandrino se caracterizó por el auge de las escuelas helenísticas como respuesta al deterioro político de la época como si las sendas de la reflexión filosófica estuvieran solo marcadas por el devenir de la actividad política. Sin embargo, dicha afirmación de identidad de la filosofía con la actividad política es, ciertamente, un argumento bastante apresurado, puesto que Grecia estuvo imbuida por constantes tensiones y luchas políticas. Con la llegada al poder de Alejandro Magno, la filosofía tomó un nuevo horizonte e, incluso, se adentró por el plexo de las primeras interpretaciones de los primeros siglos de la filosofía para responder a los problemas más internos de la experiencia humana. Por ello, la perspectiva filosófica de Epicuro no necesariamente respondió a los problemas sociales de su época, sino y, sobre todo, respondió a toda la historia política de Grecia. Esta argumentación puede ser corroborada cuando se toma en cuenta que Epicuro insistió en que se le explicara el *Caos* en Hesíodo, interrogante nunca respondida que le llevó a concluir que los mitos y la vida política son una farsa y, en consecuencia, son la causa de los mayores problemas de superstición y de falsos deseos generados por las vanas creencias.

Considerando la crítica de toda la historia de la vida política de Grecia, Epicuro optó por una vida alejada (*lâthe biôsas*) de la política activa porque consideró que la mayoría de las opiniones provienen de una vida social colmada de vanas y vacuas suposiciones (*pseudeis hypólepsis*) que no responden a la percepción (*aisthēsis*) de la condición humana¹. Uno de los temas de los cuales se ocupará el presente ensayo

¹ Para los epicúreos el bien se encuentra en los *poros de la carne*, término para designar aquellos diminutos conductos o pasajes en la piel (epidermis) para transmitir las sensaciones o percepciones con los átomos. Cf. Plutarco, *Obras morales y de costumbres (XII)*, trad. Juan Francisco Martos Montiel, Madrid, Editorial Gredos, 2004, pp. 157-157.

y que apunta a responder a la falsa suposición es el tema de la muerte que, en Epicuro, arraiga en una perspectiva materialista, pero no niega la finitud del ser humano, sino que asume la muerte como parte de la condición humana.

Los temores provienen de las vanas opiniones, de aquello no evidenciado por los sentidos (la muerte es la disgregación de los átomos en el **cuerpo-alma**). La razón por la cual Epicuro fue pieza clave para responder al tema de la muerte, a partir de la teoría de los átomos, debió ser el incremento de las creencias y corrientes religiosas que abundaron en Grecia a partir del contacto con otras culturas y el influjo de las nuevas colonias. Alejandro Magno no hizo más que abrir el camino a otras culturas. Este contacto fue trascendental para pensar al ser humano más allá de las *polis* antiguas.

Epicuro siguió la perspectiva atomista de Leucipo y Demócrito, desarrollando puntos claves para responder qué es una vida placentera o dolorosa. A su teoría de los átomos, de raigambre preplatónica, agrega una terapia de las emociones según la cual el objetivo de la filosofía es alcanzar lo realizable de una vida lograda; es decir, curar aquello que adolece el *cuerpo-alma* y, así, celebrar la existencia de la vida humana. En virtud de ello, trató de responder al tema de la muerte de la época bastante de moda para entonces. Puesto que, con el auge de la vida piadosa, la superstición aumentó la creencia de unos dioses que con iracundias castigaban a los seres humanos. Esta idea se hace presente en los siglos I y II d.C. con Plutarco, cuando, en el *De superstitione*, asume dos tipos de individuos frente a las divinidades: el que niega la existencia de los dioses (ateísmo) y el que vive en la superstición de que los dioses desencadenan desgracias. Ahora bien, Epicuro se anticipa a las argumentaciones de Plutarco: por una parte, los dioses son evidentes al conocimiento (*prolepsis*) y modelos perfectos para alcanzar una vida **ataráxica** y **aponística**; por otra parte, la superstición de los dioses castigadores **aquí y ahora** o en la vida ultratumba son vanas suposiciones. A ello apuntaba el maestro del Jardín cuando sostenía que la muerte es la disgregación de aquellas mínimas partículas en el organismo humano, mientras que la aceptación de que existen dioses le permite consolidar una vida plena por la cual los hombres pueden comprenderlos como paradigma de seres humanos felices. En busca de responder a la creencia de que la muerte es un mal o alguna causa perentoria divina, sostiene que la muerte ni es un mal ni proviene de causa divina, sino que se explica desde la propia naturaleza de los átomos y es un proceso natural al cual todos los hombres están destinados. En su intento de formular argumentos convincentes, plantea que la única tarea del filosofar apunta a curar y atender las emociones distorsionadas.

Ahora bien, el hecho de que, para los epicúreos, la muerte no sea nada, no quiere decir que no tenga sentido como fin último o, en su caso, literalmente sea nada. Todo lo contrario, Epicuro entendió que la muerte puede ser antecedida por dolencias y malestares físicos, tal y como él mismo pudo experimentar en su lecho de muerte; sin embargo, contrapuso a aquellos dolores físicos el recuerdo y la presencia de sus amigos: “esto está en relación con la recomendación de Epicuro respecto de los placeres de la mente al recordar buenos momentos: cuando un amigo fallece hay que recordarlo con cariño y gratitud”². De este modo, destacan dos puntos importantes en la filosofía de Epicuro: 1. Que la muerte es nada en cuanto que no es tal como se conjetura en la vida social. 2. Que la muerte es nada en cuanto que la presencia de los amigos implica **ataraxia** y **aponía**. La **aponía** y la **ataraxia** es la imperturbabilidad por encima de los falsos supuestos sociales y opta por un equilibrio en la condición mental y corporal.

En la *Carta a Meneceo* 124 utiliza el verbo en modo imperativo *synéthize* que fundamenta *costumbre* (acostúmbrate, dice Epicuro) a ir más allá de las ansias y deseos de inmortalidad. Precisamente, una de las mayores causas de los temores, además de ser una idea relacionada al castigo, es la idea de inmortalidad. La inmortalidad estuvo presente en la cultura griega y es frecuente en los textos homéricos, que se refieren al *kleos*, esa gloria imperecedera que está en boca de los otros. El *kleos*, aunque apuntó por una gloria de inmortalidad pudo tener ciertos efectos en la vida de los ciudadanos, porque quedó en el terreno de la gloria y el triunfo frente a los otros³. De este modo, ni la gloria ni la fama pueden ser el epicentro o el punto de partida de una verdadera felicidad⁴. La verdadera felicidad

² “This goes along with the general Epicurean recommendation to experience mental pleasures by calling up memories of past good times: when my friend has died, I should fondly and gratefully think back on him”. Tim O’Keefe, *Epicureanism*, California, University of California Press, 2010, p. 171.

³ El ser humano que teme a la muerte está aferrado a las riquezas y honores. Sócrates le llama “amigo del cuerpo”. Cf. Platón, *Fedón*, trad. Carlos García Gual, Madrid, Editorial Gredos, 2017, p. 49.

⁴ De acuerdo con Diógenes Laercio (X, 121), Epicuro concibe la felicidad de dos formas: aquella solo poseída por los dioses (τελειαν εὐδαιμονίαν) o aquella que es el resultado de adquisición y pérdida de los placeres (καὶ τὴν <κατὰ τὴν> προσθήκην καὶ ἀφαίρεσιν ἡδονῶν). Para un mejor estudio, véase: Francisco Bravo, *Las ambigüedades del placer. Ensayo sobre el placer en la filosofía Platón*, Germany, Academia Verlag, 2003, pp. 73-78. En esta obra F. Bravo realiza un exhaustivo estudio del término ἡδονή, no solo en la filosofía de Platón, sino también en la tradición homérica y principales obras de Platón, Aristóteles y Epicuro.

está en la disolución de las falsas opiniones de la sociedad, que toma como punto de referencia la gloria y soslaya las relaciones humanas, por ejemplo, la amistad, tan vital para Epicuro.

Retomando, entonces, el verbo *synéthize*, que incita a la reflexión en la carta, pone de manifiesto que la muerte es ausencia de sensibilidad y delimita la muerte y la vida en tanto que ninguna de ellas están en la representación de la opinión del vulgo (*hoi polloi*), sino en la propia naturaleza evidente del **padecer, sentir y percibir**⁵. De acuerdo con Diógenes Laercio (X, 34), los epicúreos llaman a la (*doxa*) opinión *hypólepsis*, de modo que tal conjetura, suposición u opinión puede ser verdadera o falsa y, si es confirmada bajo los criterios de percepción (*aisthēsis*) es *epimartyrētai*⁶. De lo contrario, es *antimartyrētai* y, por tanto, es falsa *hypólepsis* (conjetura). Estas falsas conjeturas pueden provocar temor frente a la muerte y, en su caso, ulteriores enfermedades en el cuerpo-alma. Ciertamente, Epicuro asume la angustia como esa categoría provocada por las conjeturas que no permiten la realización humana:

“La idea de apartarse del temor que proporciona el pensar en la muerte incluye estar bien tanto física como mentalmente; es decir, que tanto el cuerpo como el alma deben mantener una armonía, una relación que equilibre el bienestar del hombre para no pensar en la muerte y alcanzar la dicha que proporciona la salud del alma y del cuerpo”⁷-

⁵ Cf. Eduardo A. Molina Cantó, “Sobre el temor a la muerte en Epicuro y Lucrecio”, *Revista de Filosofía*, 51, 52, 1998, pp. 111-129 (p. 114). Véase también: Wolfgang Schmid, *Epicuro e l’epicureismo cristiano*, trad. Ítalo Ronca, Brescia, Paideia Editrice, 1984, pp. 27-28.

⁶ τὴν δὲ δόξαν καὶ ὑπόληψιν λέγουσιν, ἀληθῆ τέ φασι καὶ ψευδῆ: ἂν μὲν γὰρ ἐπιμαρτυρῆται ἢ μὴ ἀντιμαρτυρῆται, ἀληθῆ εἶναι: ἐὰν δὲ μὴ ἐπιμαρτυρῆται ἢ ἀντιμαρτυρῆται, ψευδῆ τυγχάνειν. ὅθεν <τὸ> προσμένον εἰσῆχθη: οἷον τὸ προσμεῖναι καὶ ἐγγυὸς γενέσθαι τῷ πύργῳ καὶ μαθεῖν ὅποιος ἐγγυὸς φαίνεται. Diogenes Laertius, *Lives of Eminent Philosophers*, R.D. Hicks, ed., consultado el 25 de enero de 2020, disponible la web en:

<http://www.perseus.tufts.edu/hopper/text?doc=Perseus%3Atext%3A1999.01.0257%3Abook%3D10%3Achapter%3D1>.

⁷ Diana Mejía Buitrago, “La concepción de la muerte en Epicuro”, *Revista Escritos*, 20, 45, 2012: 457-464 (p. 460). Véase también un artículo contra el sentido de la muerte en Epicuro: Rodrigo Laera, “La preocupación por la muerte”, *Revista Problemata Filosofía*, 4, 1, 2013, pp. 110-133.

Resulta importante destacar que Epicuro asume la filosofía no solo como terapéutica –según viene argumentándose al concordar con que es terapia del alma y del cuerpo–, sino también como mutua compañía (*ophéleia*) prescindiendo de toda lógica de superioridad: “ninguno es más sabio que otro” (D.L. X, 120)⁸. Ante la compañía en el espacio amical, la *Carta a Meneceo* transmite punto por punto aspectos fundamentales que estriban en atender al otro y, de este modo, resulta ser la compañía un cuidado de las emociones. Resultan, entonces, interesantes los comentarios de Tim O’Keefe cuando anota que la filosofía epicúrea puede parecer un estricto esfuerzo psicológico y ético personal (o individualista), sin embargo, los epicúreos no toman esa grosera forma de actuar ante la muerte de un amigo o familiar, pero están seguros de haberle desmentido al amigo cualquiera de las falsas creencias que producen dolor⁹. Se trata de que el discípulo ponga atención en lo que allí se está expresando, y que la mejor forma de responder sea con un acto de transformar su conducta y procurar inmediatamente de mejorar las condiciones expresadas por el maestro. Si la enfermedad está en la creencia de una vida placentera o dolorosa, los dioses y la muerte, entonces, es ahí donde debe poner atención. De este modo, no está huyendo de la muerte ni de la vida, sino asumiendo con responsabilidad las mejores formas de vida saludable.

El ser humano no puede huir de la muerte; está destinado a morir, incluso, así, Epicuro allana el terreno en *Gnomologio Vaticano* 30, cuando dice que “se nos ha servido un veneno mortal desde el nacimiento”¹⁰. En este sentido, trata de puntualizar que muchos se ocupan por asuntos materiales, honores y fama con la finalidad de alcanzar una supuesta felicidad, olvidando que la vida hay que celebrarla con los otros, a saber, con los amigos. Epicuro está asumiendo que lo superlativo está en la celebración de la vida y en la compañía de los amigos, mientras que algunos ponen toda su atención en las cosas efímeras y van deteriorando su alma; es decir, esquivan lo que verdaderamente importa, a saber, el

⁸ Εικόνας τε ἀναθήσειν. <εἶ> εἰ ἔχει, ἀδιαφόρως ἂν σχοίη. μόνον τε τὸν σοφὸν ὀρθῶς ἂν περὶ τε μουσικῆς καὶ ποιητικῆς δ ἀλέξῃσθαι: ποιήματά τε ἐνεργεία οὐκ ἂν ποιῆσαι. οὐ κινεῖσθαι τε ἕτερον ἑτέρου σοφώτερον. Diogenes Laertius, op. cit., consultado el 26 de enero de 2020, disponible en página web:

<http://www.perseus.tufts.edu/hopper/text?doc=Perseus%3Atext%3A1999.01.0257%3Abook%3D10%3Achapter%3D1>.

⁹ Cf. Tim O’Keefe, ob. cit., p. 170.

¹⁰ Ἐτοιμάζονται τινες διὰ βίον τὰ πρὸς τὸν βίον, οὐ συνορῶντες ὡς πᾶσιν ἡμῖν θανάσιμον ἐγκέχεται τὸ τῆς γενέσεως φάρμακον. Cyril Bailey, *Epicurus*, London, Oxford University Press, 1926, p. 110.

cuidado de las relaciones humanas. Se trata de vivir conforme a aquello que compete a la salud y la imperturbabilidad¹¹.

¿Qué importancia tienen los amigos cuando se está ante la muerte según Epicuro? Pues bien, la compañía es tener una red de amigos para los momentos de angustias o, según Epicuro, la amistad es una utilidad que estriba en la consagración de quienes están dispuestos a ayudar y a ser ayudados cuando así lo requieran. La utilidad para Epicuro remite a una interesante concepción de ayuda, no de sacar provecho y donde no existe reciprocidad, sino una en la que los actos sean respondidos de la misma forma, pues “no es un buen amigo ni el que busca la utilidad por encima de todo, ni aquel que nunca la relaciona con la amistad [...]” (*Gnomonologio Vaticano* 39). El tema de la amistad está enlazado con las tesis del **tetrafármaco**, puesto que el verdadero amigo asume las desgracias como si fueran propias e investiga todas las dolencias y falsas suposiciones que acaecen al más cercano. En suma, los amigos se socorren (Cf. *Gnomonologio Vaticano* 66). Por ello es que Epicuro, cuando escribe al homónimo de la *Carta a Meneceo*, presta atención y le insiste que la muerte, así como para el maestro es nada, también debe ser nada para él. No se conoce el contexto histórico, por tanto, se ignora si Epicuro escribió la carta en algún momento trascendental en la vida de Meneceo o si pudo haberse enterado que Meneceo estaba siendo trastornado por las creencias que pululaban a su alrededor. En todo caso, denotó compañía en la vida de Meneceo, y que es importante para Epicuro despojar cualquier suposición que no corresponda a la sensación. En lo que respecta a Meneceo, debe asumir las consecuencias de ser arrastrado por suposiciones y las supersticiones de los que no son amigos. En este sentido, el verdadero amigo, aquel que presta una real ayuda, jamás desearía para el otro lo peor, antes bien, cuida y procura que su alma y cuerpo estén en las mejores condiciones de vida. Como anota justamente Jesús Mosterín:

“La amistad nace porque una de las dos partes toma la iniciativa y hace favores al otro. Si el otro devuelve luego esos favores, la amistad se va anudando. La amistad es la única relación interpersonal verdaderamente necesaria e importante. La amistad procura ampliar oportunidad para los placeres de la conversión y la compañía y para el intercambio de favores, amabilidades y ayudas; sobre todo para hacer favores, pues el hacerlos produce más placer que recibirlos. De todo modo la ventaja esencial que nos proporciona la amistad es la seguridad de que en el futuro seguiremos

¹¹ Cf. Esteban Bieda, *Epicuro*, Bs. As., Editorial Galerna, 2015, p. 92.

recibiendo placeres, ayudas y favores, pues la posibilidad de mirar con confianza hacia el futuro, pues, pase lo que pase, nuestros amigos nos ayudarán”¹².

De ahí que el Jardín tuvo muchísima fuerza desde su fundación, porque estribó en celebrar la existencia; la vida misma que no es otra cosa que la salud y el placer. La celebración de la vida rompe con todo paradigma social griego clásico, que relegó a la mujer por ser incapaz de alcanzar una vida tranquila y feliz. Epicuro fue el primer filósofo que no categorizó la amistad solo con los hombres, sino también con mujeres y esclavos. Esta apertura ofrece una gran lectura para reivindicar la amistad fuera de cualquier rango de actuación ingenua, donde solo el hombre ciudadano es capaz de participar de la amistad. Para el maestro de Jardín, la mujer y el esclavo también son seres humanos susceptibles de placer y dolor; salud y enfermedad. Así lo manifiesta cuando comprende el problema del placer, pues a todo ser humano le es inherente la naturaleza de lo placentero.

Plutarco, crítico de la doctrina de Epicuro, no pudo concebir cómo un filósofo pudo permitir la entrada de mujeres y esclavos en el Jardín, a saber, una perspectiva filosófica que integrara a cada ser humano como parte de una comunidad amical. Con mayor razón, Epicuro no está de acuerdo con las concepciones irracionales y pone de manifiesto dos aspectos: por una parte, la fundación del Jardín a las afueras de la ciudad (del bullicio social) y, por otra parte, la entrada de la mujer y esclavos en las tareas filosóficas. En este sentido, distanciarse y abrir la puerta a mujeres y esclavos denota vehementemente el desprecio a la idea de que el ciudadano es quien recibe todos los derechos y la permisiva consuetudinaria potestad de ser feliz. La muerte es para todos: hombres, mujeres y esclavos, no hay mejor manera que recibirlos y atender aquello que les adolece en el cuerpo-alma; implicó que la terapia es una filosofía que apunta por la totalidad del ser humano. Ciertamente, enmarca la filosofía para curar; es decir, su único objetivo es aliviar las dolencias. Puede, además, comentarse que Epicuro pudo comprender la verdadera **totalidad**; es decir, los primeros que filosofaron, investigaron la totalidad del cosmos; sin embargo, no tuvieron en cuenta que la totalidad del *cosmos* exigía incluir mujeres y esclavos, razón por la cual la filantropía de Epicuro proclama a todos sin importar su procedencia. Diógenes de Enoanda hace eco en su gran mural, cuando pone de manifiesto que su tarea es que la filosofía esté al alcance de todos. Expone, según

¹² Jesús Mosterín, *Helenismo. Historia del pensamiento*, Madrid, Editorial Alianza, 2007, pp. 103-104.

comenta, el beneficio para todos y que no existen divisiones que les separe, porque “en la perspectiva total de este universo la patria de todos es una sola”¹³.

Ahora bien, de que Epicuro se oponga a las concepciones de su época respecto de los castigos y premios *post mortem* no se sigue que el maestro del Jardín y sus discípulos se hayan arrastrado en el fango de los placeres como lo presentan Cicerón, Plutarco, Lactancio, Clemente de Alejandría, etc. Esta imagen no corresponde a la doctrina epicúrea. Epicuro niega toda causa divina *aquí y ahora* y allende la vida terrena, pero, no por ello la vida debe estar marcada por el desenfreno. Es más, con mayor razón, se trata de la propia responsabilidad de actuar para no padecer ulteriores enfermedades producidas por elegir los placeres que no son ni naturales ni necesarios. El recto juicio lleva hacia una vida verdaderamente vivida. Si para Platón la filosofía es aprender a morir, para Epicuro la filosofía es aprender a vivir saludablemente. Aprender a vivir implica saberse mortal y escoger lo mínimo para vivir: no hacen falta suntuosas fiestas, grandes banquetes, sino lo necesario:

“Porque la felicidad del epicúreo consiste en placeres continuos, en dichas cotidianas y no en objetivos lejanos, que una brusca muerte pudiera arrebatar, dejando así a una vida sin sentido. Por eso, la meditación de nuestra mortalidad debe llevarnos a apreciar más y mejor el tiempo que tenemos a nuestro alcance”¹⁴.

De este modo, los epicúreos nunca contemplaron el suicidio como una elección de vida correcta, sino que enseñaron que la vida debe ser asumida como un bien en sí misma; es decir, como posibilidad de estar con quienes verdaderamente son amigos. El suicidio para los epicúreos es una huida a ser curados, a ser cuidados por los demás (cabe agregar que no se sabe con certeza si Lucrecio se suicidó). Cierra toda posibilidad de una terapéutica frente a las opiniones. De hecho, puede destacarse que la mayoría de los que eligen no vivir es porque están aferrados a ideas vanas (*pseudeis hypólepsis*); tienen el alma nublada y no encuentran posibilidades de compañía. Por esta razón, el suicidio es dejarse socavar por irracionalidades que merodean en el individuo: “poco vale, por cierto, aquel que encuentra muchas causas razonables para dejar de vivir” (*Gnomologio Vaticano* 38). La máxima pone de relieve la importancia de continuar viviendo; es decir, no se

¹³ Carlos García Gual, *El sabio camino hacia la felicidad. Diógenes de Enoanda y el gran mural epicúreo*, Barcelona, Editorial Ariel, 2016, p. 47.

¹⁴ Carlos García Gual, *Epicuro*, Madrid, Alianza Editorial, 2002, p. 188.

trata de que la vida deba ser vivida porque el maestro del Jardín así lo exija, sino que impele por demostrar que hay razones para descartar suposiciones carentes de sentido como, por ejemplo, suicidarse por amor, creencias religiosas, etc.

El ser humano que es arrastrado por ideas sociales se deja llevar por las corrientes de la masa y a ello apunta la perspectiva filosófica de Epicuro al responder que la vida no depende de lo consuetudinariamente aceptado en el ámbito social¹⁵. El tema de la muerte en nada preocupa a los epicúreos, pues el que nada debe, nada debe temer. Con esto no se está agregando una visión escatológica futurista a la perspectiva filosófica de Epicuro, antes bien, se está resaltando que quien obra correctamente no se deja atemorizar por las vanas suposiciones. Incluso, el criminal es un mal calculador, porque sabiendo las consecuencias jurídicas, asume que no sucederá nada negativo para él; como, por ejemplo, el esfuerzo o el peso de la ley en su vida. Y, si escapa de la ley, vive en una constante angustia de que, en cualquier momento, será atrapado. Su propia conciencia le condena. De este modo, Epicuro está señalando que la vida placentera está en vinculación con una vida equilibrada, es decir, en el cálculo de lo saludable y realizable. Lucrecio también señala justamente que, en el temor a la muerte, se hunden las raíces de todos los males; es, por así decirlo, el principio de todo mal:

“así, los hombres, en su afán de escapar de estos males y rechazarlos muy lejos, impelidos por un vano terror, amasan riquezas de sangre ciudadana y multiplican con avidez su caudal, acumulando crimen sobre crimen; gozan, crueles, con el triste funeral de un hermano, y odian y temen a la vez la hospitalidad de los parientes”¹⁶.

La pertinencia de Lucrecio en poner de manifiesto el temor a la muerte como raíz de todo mal está en concomitancia con la explicación de las emociones. Cuando se teme a la muerte existe una posibilidad de vulnerabilidad; es decir, el temer pone de manifiesto otras emociones en un estado de alerta como la venganza, la ira y las inseguridades. A este respecto, la tarea del amigo es abrir un horizonte de

¹⁵ Cf. Antonio Pasquali, *La moral de Epicuro*, Venezuela, Monte Avilas Editores, 1970, pp. 34-35. Véase también: Emilio Lledó, *El epicureísmo*, Madrid, Editorial Taurus, 1995, 129.

¹⁶ “unde homines dum se falso terrore coacti effugisse uolunt longe longeque remosse, sanguine ciuili rem conflant diuitiasque conduplicant audio, caedem caede accumulantes; crudeles gaudent in tristi funere fratris et consanguineum mensas odere timentque”. Lucrecio, III, 70.

confiabilidad dialógica, donde el que está en condición de enfermedad pueda sentirse seguro y no ponga de manifiesto cada uno de los efectos del miedo. Martha Nussbaum, en este horizonte, plantea que, para Epicuro, la tarea terapéutica debe llevarse con urgencia, pues la vida es frágil como para no poner atención inmediata a quien padece. Agrega, “la creencia falsa es la raíz de la dolencia, el arte curativo debe ser un arte equipado de lo necesario para enfrentarse a la falsa creencia y vencerla”¹⁷.

Los pocos escritos que se conservan de Epicuro y, en particular, respecto a su teoría de los átomos no son óbice para argumentar que no existe relación intrínseca con la teoría del placer. Debe tenerse en cuenta que el estudio de la *physiología*, precisamente, apunta a tener una amplia concepción del mundo como cuando, en la *Carta a Pitocles*, pone de manifiesto diversas explicaciones de los fenómenos. De manera que el estudio de la naturaleza (*physiología*) no es otra cosa que la búsqueda de la imperturbabilidad del alma-cuerpo. En la búsqueda y estudio de los acontecimientos del mundo se desdén cualquier falsa suposición (*phones ergastikous*) respecto de los dioses y del mundo. El artificio se disfraza en la *paideia*, ese subterfugio *narrativo* que proviene de los *mythos*. Así plantea el maestro del Jardín cuando dice que quien acepta una sola explicación, ciertamente cae en la explicación de los mitos (Cf. *Carta a Pitocles* 87) o cuando arguye que el sabio ni considera la fortuna (Τύχη) ni ninguna de las acciones de los dioses como suministradores de los mayores bienes o males en el mundo y vida humana (Cf. *Carta a Meneceo* 134). El estudio de los acontecimientos provee un conocimiento *ethopoiético*, cuyo propósito es modificar la conducta frente a los dioses, la muerte y los otros.

El intento por repensar el tema de la muerte ciertamente invita a retomar y reflexionar de forma más exhaustiva las máximas y sentencias de la doctrina de Epicuro. Que el maestro del Jardín haya sido acusado por estar falto de fe o ser iniciador a la impiedad es la opinión que se repitió por bastantes siglos. Estas falsas acusaciones hicieron que el epicureísmo fuera expulsado de muchas ciudades de Roma y Mesene, según cuentan Claudio Eliano en *Varia Historia* y Plutarco en *Sobre la imposibilidad de vivir placenteramente según Epicuro* en el que se decretó y manifestó que promovían peligrosas ideas morales para la vida social.

¹⁷ Martha C. Nussbaum, *La terapia el deseo, teoría y práctica en la ética helenística*, trad. Miguel Candel, Barcelona, Editorial Paidós 2012, p. 153.

La filosofía de Epicuro, más allá de ser una forma de vida –según señaló Pierre Hadot–, es *medicorum et aegrotorum refugiu*. En este sentido, procuró estar en los criterios mismos de la medicina de la época. Para Epicuro, la filosofía es una medicina que atiende la condición corporal del ser humano y la integración del mismo con el alma, donde se asientan la mayoría de las falsas opiniones. A este respecto, lleva a debatir si la cultura es un bien o un mal para el ser humano, promoviendo las bases de que, en la sociedad, no puede encontrarse solución a los problemas más serios de los humanos, en especial, al tema de la muerte. La concepción epicúrea según la cual hay que debatir la superstición –en el sentido de creer que todas las desgracias tienen una causa más allá del mundo– no puede entenderse de acuerdo a la comprensión actual del término “superstición”. Para Epicuro, la superstición es una de las falsas opiniones más peligrosas que nublan la razón y la experiencia humana. En otras palabras, superstición no es otra cosa que el miedo a los dioses y la muerte. Tales aspectos fundamentales en la teoría de los átomos del filósofo argumentan con precisión por qué se deben abandonar las creencias que delimitan la felicidad dentro de un marco opinable.

2. 2. *El sábado de la vida eterna*

Una preparación para la muerte desde San Agustín de Hipona.

2.1. San Agustín, Doctor del *ars moriendi* en su vida y su obra

Tal vez, una de las circunstancias existenciales en la que más se hacen necesarios y se vinculan la palabra, el dolor y el acompañamiento es la que se configura durante el periodo final de la existencia humana que, para muchos, es conocido, sea porque la edad muy avanzada va anunciando el fin del recorrido terreno o por la aparición de una enfermedad terminal que permite calcular, incluso con cierta exactitud, el tiempo de vida que resta al paciente que la sufre. Y es que, guste o no –y casi nunca gusta–, como dice Don Jorge Manrique, “nuestras vidas son los ríos/que van a dar en el mar/qu’e es el morir”¹⁸. Todo ser humano se encontrará, algún día, con la muerte, con su propia muerte, y cruzará el puente de esta vida hacia la otra, sin embargo, esta realidad adquiere mayor dramatismo cuando el momento se acerca y se descubre, con todo realismo, que es inevitable.

En este proceso trascendental y doloroso –en mayor o menor medida–, la sabiduría infinita de la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana ofrece valiosos conocimientos y consideraciones sobre la muerte, que permiten prepararse a ella de

¹⁸ Jorge Manrique, *Coplas a la muerte de su padre*, Madrid, Castalia, 1983, III, 25.

la mejor manera, manteniendo viva la virtud de la esperanza a que San Pablo convida cuando recuerda una verdad esencial de la fe cristiana: “Estimo, pues que esos padecimientos del tiempo presente no son dignos de ser comparados con la gloria venidera que ha de manifestarse en nosotros”¹⁹.

En esta ocasión, se quiere profundizar en algunas ideas de San Agustín de Hipona, Obispo y Doctor de la Iglesia, acerca de la muerte que, no solo son fuentes magníficas de reflexiones alentadoras en la fase final de la vida terrena, sino también consideraciones de las cuales pueden deducirse medios concretos a ser aplicados, tanto por quien se prepara para un buen morir como por aquellos que lo acompañan más de cerca, con el objetivo de que esta disposición importantísima para el tránsito definitivo esté marcada por la vida sacramental, la oración y la purificación espiritual.

Para iniciar este breve recorrido por algunos textos agustinianos, vale la pena, en primer lugar, recoger las palabras de San Posidio, quien, en el último libro de su célebre *Vida de San Agustín*, recoge algunos recuerdos acerca de la manera en que vivió el santo africano la etapa vital a la que aquí se está haciendo referencia:

“En conversación familiar solía decirme que, después del bautismo, aun los más calificados cristianos y sacerdotes deben hacer conveniente penitencia antes de partir de este mundo. Así lo hizo él en su última enfermedad, porque mandó copiar para sí los salmos de David que llaman de la penitencia, y poniendo los cuadernos en la pared ante los ojos, día y noche, el santo enfermo los miraba y leía, llorando copiosamente; y para que nadie le distrajera de su ocupación, unos diez días antes de morir nos pidió en nuestra presencia que nadie entrase a verle fuera de las horas en que le visitaban los médicos o se le llevaba la refección. Se cumplió su deseo, y todo aquel tiempo lo dedicaba a la plegaria. Hasta su postrera enfermedad predicó ininterrumpidamente la palabra de Dios en la iglesia con fortaleza y alegría, con mente lúcida y sano consejo. Y al fin, conservando íntegros los miembros corporales, sin perder ni la vista y el oído, asistido de nosotros, que

¹⁹ “Existimo enim quod non sunt condignæ passionēs hujus temporis ad futuram gloriam, quæ revelabitur in nobis”, *Biblia Sacra Iuxta Vulgatam Clementinam praeeparata a Michaele Tvvedale*, Londini, CBCEW, 2005, *Epistola B. Pauli Apostoli ad Romanos* 8, 18.

le veíamos y orábamos con él, durmióse con sus padres, disfrutando aún de buena vejez”²⁰.

2.2. Mirar el futuro con esperanza y el pasado con gratitud.

Además de los dolores físicos que pueden aparecer en el periodo previo a la muerte, es posible que surjan –sobre todo en ciertas personalidades y psicologías–, remordimientos y arrepentimientos por lo que se hizo o se dejó de hacer, tristeza por proyectos inconclusos o por el tiempo perdido. No hay que olvidar que San Agustín pasó cuarenta años de su vida de manera disoluta, entregado a los placeres sensibles y a las vanidades del mundo, de espaldas a Dios y a su voluntad. No obstante, dicho extravío no fue para él motivo de desaliento ni desesperación en el momento último. Tampoco lo soslayó, intentando tranquilizarse con sofismas y razonamientos vanos, sino que, más bien, en un equilibrio cristiano perfecto, hizo penitencia por los errores pasados, pero mirando hacia el futuro y situándose en el presente, en el deber de cada día y en sus obligaciones como pastor de almas, en la medida que su salud se lo permitió. Lo contrario, bien se sabe por los estudios de la psicología y la psiquiatría, puede derivar en depresión, la más terrible enfermedad existente. Así pues, San Agustín se presenta, en primer lugar, como un modelo de preparación para la muerte en el que se dan la oración y la acción, la contemplación y el trabajo, hasta el final, con ilusión, esperanza y alegría en la fase postrera del vivir.

En segundo lugar, vale la pena volver a los numerosos sermones del santo, varios de ellos dedicados al sentido cristiano de la muerte o a la resurrección, solo por citar

²⁰ “Dicere nobis íter familiaria conloquia consueverat, post perceptum baptismum etiam laudatos christianos et sacerdotes absque digna et competenti poenitentia exire de corpore non deberé. Quod et ipse fecit ultima qua defunctus est aegritudine: nam sibi iusserat psalmos Davidicos qui sunt paucissimi de poenitentia scribi, ipsosque quaterniones iacens in lecto contra parietem pósito diebus suae infirmitatis intuebatur et legebat, et ubertim ac iugiter flebat: et ne intentio eius a quoquam impediretur, ante diez ferme decem quam exiret de corpore, a nobis postulavit praesentibus, ne quisquam ad eum ingrederetur, nisi his tantum horis, quibus medid ad inspiciendum intrabant, vel cum ei refectio inferretur. Et ita observatum et factum est, et omni illo tempore orationi vacabat. Verbum Dei usque ad ipsam suam extremam aegritudinem impraetermisse, alacriter et fortiter, sana mente sanoque consilio in ecclesia praedicavit. Membris ómnibus sui corporis incolumis, integro aspectu atque auditu et, ut scriptum est, nobis astantibus et videntibus et orantibus, dormivit cum patribus suis, enutritus in bona senectute”, *Vida de San Agustín escrita por su discípulo San Posidio*. En *Obras de San Agustín en edición bilingüe I. Introducción general y primeros escritos*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1969, XXI.

dos ejemplos muy precisos. Esto se hace necesario, particularmente, para tiempos en los que, por el secularismo radical y la influencia del modernismo teológico, la doctrina existente sobre la vida eterna o bienaventurada y los novísimos resulta ser, para muchos creyentes, una bonita narración, pero carente de realidad. Por fuera de una fase terminal de la existencia humana, este tipo de ideas heterodoxas acerca de la vida trascendente pueden no preocupar a muchos, pero, la verdad es que la jerarquía católica, los sacerdotes, los religiosos, los teólogos y los laicos en general deben hacer un riguroso examen de conciencia, preguntándose si con ciertas doctrinas inmanentistas, provenientes, muchas veces, de corrientes modernas de pensamiento, incompatibles con la enseñanza sempiterna de la Iglesia, están llevando a muchos a la angustia en la fase final de su existencia, pues debido a esas doctrinas de la desesperanza, no tienen noción de la vida eterna ni certeza de ella, considerándola una caricatura.

En su *Sermón 127. La resurrección de los muertos y la retribución*, San Agustín describe, hermosamente, las características de la vida futura, lo cual puede ser un alivio enorme para quien ve la muerte con desesperación –rasgo muy típico de una sociedad secularizada–, incluso, aunque no tenga fe o no sea religioso, pues bien es sabido que, en una fase terminal, muchas de las ideas al respecto pueden cambiar o, por lo menos, si no cambian, las verdades de la fe no dejan de tener un efecto positivo en quien las conoce y las escucha, por lo que, parafraseando al Sócrates platónico, vale la pena decir que “es hermoso el riesgo”²¹ de creer en ellas. Lejos de presentar la muerte como vacío nihilista o retorno a la unidad cósmica panteísta, el santo de Hipona afirma:

“Para imaginarnos, pues, la vida eterna que se nos promete, figurémonos una donde queden eliminadas las inconveniencias todas de la vida actual; porque más hacedero que averiguar lo que hay allí, es averiguar lo que allí no hay. Veamos. Aquí vivimos; allí también viviremos; aquí tenemos salud cuando no estamos enfermos ni nos duele nada en el cuerpo: allí también tendremos salud. Aquí, cuando no sufrimos pena de ninguna especie, decimos que nos va bien: tampoco allí las padeceremos. Imagínate, pues, aquí ahora un hombre que vive, tiene salud y no tiene penas de ninguna especie; si alguien le diera permanecer así siempre, si ese bienestar no se acabase, ¡qué regocijo el suyo, qué ufanidad, ¡cómo se le desbordaría ese gozo vital sin pena, sin dolor, sin término! Aunque no prometiera Dios sino esto que digo y acabo de

²¹ Platón, *Diálogos III. Fedón, Banquete, Fedro*, Madrid, Gredos, 1988, *Fedón* 114d.

poner de resalte con mis palabras lo mejor que pude, ¿a qué precio, si se vendiera, no habríamos de comprarlo y qué no se habría de dar por adquirirlo? [...] no habrá cansancio allí, ni sueño, ni hambre, ni sed; no habrá crecer y envejecer, como tampoco habrá nacer”²².

2.3 Los ejercicios espirituales y el *ars moriendi*

En un tercer momento, hay que señalar, que la tradición de los ejercicios espirituales que, según el filósofo francés Pierre Hadot, es la esencia misma de la filosofía antigua, no está ausente en la vida y obra de San Agustín. El prejuicio de muchos, todavía, que insisten en excluir al Hiponense del ámbito de la filosofía por el rasgo existencial, moral, y sumamente práctico de sus textos surge de ignorar que la naturaleza de la filosofía, por el contrario, es, precisamente, ese carácter practicante –que sobresale, de modo muy particular, en las corrientes helenísticas y en la patrística–, acerca del cual dice Maurice Blondel, refutando la *scientific philosophy*, de marcado carácter racionalista, positivista y erudito:

“No hay que extrañarse, pues, si la única filosofía que resulta conforme al sentido común y al deseo popular es una filosofía ‘practicante’, que se inspira, sin duda, en el trabajo discursivo del pensamiento, pero se consagra más aún a resolver el problema mismo de la vida. Una doctrina que sólo construyese un palacio de ideas y pretendiese encerrarse en él, mirando y dirigiendo desde lo alto las realidades de la existencia común, permanecería invenciblemente sospechosa para la humanidad”²³.

²² “Ponamus ergo nobis ante oculos talem vitam, cum promittitur aeterna, ut removeamus ab illa quidquid hic molestum patimur. Facilius enim invenimus quid ibi non sit, quam quid ibi sit. Ecce hic vivimus, vivemus et ibi. Salvi sumus quando hic non aegrotamus, neque aliquid dolet in corpore: salvi erimus et ibi. Et quando nobis bene est in hac vita, nullas poenas patimur: nullas patiemur et ibi. Pone ergo hominem viventem, salvum, nullas poenas patientem: si ei donaret quisquam ut Semper sic esset, et hoc bonum non desineret, ¿quantum gauderet? Quantum extoleretur? Quomodo se non caperet laetitia sine poena, sine cruciatu, sine fine vitae? Si hoc solum nobis promitteret Deus, quod dixi, quod modo quibus potui, verbis descripsi et commendavi; quanti erat emendum, si venale esset, quantum dandum erat, ut emeretur?”, *Obras completas de San Agustín XXIII. Sermones (3º)*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1983, CXXVII, 3.

²³ Maurice Blondel, *El punto de partida de la investigación filosófica*, Barcelona, Herder, 1967, pp. 75-76.

Esta tesis blondeliana que explica, con absoluta claridad, las notas características del estilo agustiniano en el campo de la filosofía y la teología, se ha visto confirmada por la gran importancia que varios pensadores contemporáneos han dado al tema propiamente moral en el ámbito filosófico, volviendo, por consiguiente, al acervo de la tradición clásica. Así, pues, hay que mencionar a Michel Foucault y sus lúcidos trabajos en torno a las técnicas o tecnologías del yo; a Pierre Hadot, ya mencionado, cuyas obras más sobresalientes en este sentido son *Ejercicios espirituales y filosofía antigua* y las entrevistas que le hicieran Arnold I. Davidson y Jeannie Carlier, publicadas bajo el título *La filosofía como forma de vida*; a Martha Nussbaum en lo que se refiere a las terapias del deseo y, entre otros tantos –que la extensión debida no permite mencionar–, a Michel Onfray, en su particular comprensión del término “hermenéutica práctica” y en la importancia que le da a lo que él mismo denomina el “triángulo subversivo”, conformado por Diógenes, Antístenes y Aristipo de Cirene²⁴.

A partir de una lectura de la obra de Pierre Hadot, pueden definirse los ejercicios espirituales como técnicas, principalmente de meditación, de memoria, de imaginación, etc. con el objetivo de entrenar la mente para un ascenso desde la experiencia de las realidades terrenas hacia una experiencia intelectual y espiritual. Entre los objetivos de estos ejercicios espirituales se encuentra el que los latinos llamaron *ars moriendi* (arte de morir que busca aprender a morir) y en el que es muy relevante el ejercicio espiritual de la *mneme* (memoria), para el que, siguiendo a los antiguos, Hadot propone un método que indica ya en qué consiste este particular ejercicio: “Conviene que uno mismo se formule la regla vital de la manera más dinámica y concreta, debiéndose ‘poner ante los ojos’ unos acontecimientos vitales contemplados a la luz de esa regla fundamental. En esto consiste el ejercicio de memorización (*mneme*)”²⁵.

Si se atiende a la resignificación que se hizo en la era cristiana de los ejercicios espirituales grecolatinos, es evidente que San Agustín practicó lo que podría llamarse “memoria en presencia de Dios”, la cual se plasma, con mayor claridad, en

²⁴ Michel Onfray, *Contrahistoria de la filosofía I: Sabidurías de la antigüedad*. Barcelona, Anagrama, p. 132.

²⁵ “Il s’ agit de se formuler à soi-même la règle de vie de la manière la plus vivante, la plus concrète, il faut ‘se mettre devant les yeux’ les événements de la vie, vus dans la lumière de la règle fondamentale. Tal est l’exercice de mémorisation (*mnemè*) et de méditation (*meletè*) de la règle de vie”, Pierre Hadot, *Exercices spirituels et philosophie antique*, Madrid, Siruela, 2002, pp.28-29.

Las Confesiones. En el último trecho de la vida terrena, la *mneme* debe consistir en un diálogo amoroso con Dios en el que los acontecimientos vitales sean leídos en perspectiva sobrenatural y no mundana, saboreando lo dulce de la divinidad, que torna en sabor exquisito lo amargo que pueda haber en el itinerario existencial y “recoge” al moribundo en dos sentidos de la palabra; primero, en cuanto viene por él al mundo caído después del pecado original, para conducirlo a la vida verdadera y, segundo, en cuanto que lo unifica después de la dispersión propia de este *lacrimarum valle*. Con seriedad, sin malsanos escrúpulos, pero con profundo respeto por Dios y temor de su nombre, San Agustín dice, dejando una valiosa lección a quien se dispone para el paso definitivo:

“Quiero recordar mis pasadas fealdades y las carnales inmundicias de mi alma, no porque las ame, sino por amarte a ti.
Dios mío. Por amor de tu amor hago esto, recorriendo con la memoria, llena de amargura, aquellos mis caminos perversísimos, para que tú me seas dulce, dulzura sin engaño, dichosa y eterna dulzura, y me recojas de la dispersión en que anduve dividido en partes cuando, apartado de ti, uno, me desvanecí en muchas cosas.
Porque hubo un tiempo de mi adolescencia en que ardí en deseos de hartarme de las cosas más bajas, y osé ensilvecerme con varios y sombríos amores, y se marchitó mi hermosura, y me volví podredumbre ante tus ojos por agradarme a mí y desear agradar a los ojos de los hombres”.²⁶

Cuando se logra divisar que, aun con paso quedo, se acerca “La Muerte, nuestra Señora”²⁷ —como la llama el mexicano Amado Nervo, en uno de sus mejores poemas—, se descubre, sin ningún tipo de falsificación o maquillaje, la vanidad y vacuidad de muchas ambiciones y pretensiones, así como de una vida vivida solo

²⁶ “Recordari voló transactas foeditates meas et camales corruptiones animae meae, non quod eas amem, sed ut amem te, Deus roeus. Amore amoris tui faciô istuc, recolens vías meas nequissimas ín amaritudine recogitationis meae, ut tu dulcescas mihi, dulcedo non fallax, dulcedo felix et segura, et colligens me a dispersione, in qua frustatim discissus sum, dum ab iuno te aversus in multa evanui. Exarsi enim aliquando satiari inferis in adulescentia, et silvescere ausus sum variis et umbrosis amoribus, et contabuit species mea et computrui coram oculis tuis placens mihi et placeré cupiens oculis bominum”, *Obras de San Agustín texto bilingüe III. Las Confesiones*, Madrid, B.A.C., 1979, II, I, 1.

²⁷ Amado Nervo, *La Muerte, nuestra Señora en Primavera y flor de su lírica*, México, Aguilar, 1977, p. 235.

para la inmanencia y, de este modo, aparece, con toda nitidez, el carácter de “forasteros y peregrinos”²⁸ de los hombres al que hace referencia el apóstol San Pedro. El arrepentimiento final de todo aquello que, en la propia vida, haya contrariado los mandamientos divinos, vendrá por este desengaño del mundo y la carne y el anhelo de Dios creciente. El ejercicio de la integración y del *ordo amoris* (orden u ordenación en el amor) llega a su fin más logrado –cuando se pueden contemplar las cosas tal y como, realmente, son– proceso que, analógicamente, se relaciona con la exhortación del santo africano en *Las Confesiones*:

“Si te agradan los cuerpos, alaba a Dios en ellos y revierte tu amor sobre su artífice, no sea que le desagrades en las mismas cosas que te agradan. Si te agradan las almas, ámalas en Dios, porque, si bien son mudables, fijas en él, permanecerán; de otro modo desfallecerían y perecerían. Ámalas, pues, en él y arrastra contigo hacia él a cuantos puedas y dile: ‘A éste amemos’; él es el que ha hecho estas cosas y no está lejos de aquí. Porque no las hizo y se fue, antes de él proceden y en él están. Mas he aquí que él está donde se gusta la verdad: en lo más íntimo del corazón; pero el corazón se ha alejado de él”²⁹.

En el proceso de aprender a morir, el Señor Jesucristo aparece como *magister*, otra figura de primerísima importancia en la tradición de los ejercicios espirituales, desarrollada, ampliamente, en el diálogo de San Agustín con su hijo Adeodato, conocido con el título *Del maestro*. Este carácter del Señor Jesucristo como *magister* aparece, bellamente explicado por el Papa Benedicto XVI, –gran agustinólogo, por lo demás– en su segunda carta encíclica, *Spe Salvi*, que tiene como tema la esperanza cristiana y cuya lectura es sumamente recomendable a todas las personas, claro está, pero, de modo especial, a aquellas que vislumbran ya “la vida eterna de los santos”³⁰.

²⁸ “advenas et peregrinos”, *Epistola B. Petri Apostoli Prima* 2,12.

²⁹ “Si placent corpora, Deum ex illis lauda et in artifice eorum retorque amorem, ne in his quae tibi placent, tu displiceas. Si placent animae, in Deo amentur, quia et ipsae mutabiles sunt et in illo fixae stabiliuntur: alioquin irent et perirent. In illo ergo amentur; et rape ad eum tecum quas potes et dic eis: hunc amemus; ipse fecit haec et non est longe. Non enim fecit atque abiit, sed ex illo in illo sunt. Ecce ubi est ubi sapit veritas. Intimus cordi est, sed cor erravit ab eo” *Las Confesiones* IV, XII, 18.

³⁰ “vita aeterna sanctorum”, *Las Confesiones* IX, X, 23.

Refiriéndose a una clásica imagen de Cristo como el paradigma de filósofo – con el Evangelio en una mano y el cayado en otra– muy común en los féretros de la primera Cristiandad, el papa Benedicto XVI afirmaba en *Spe Salvi*:

“En esta imagen, que después perdurará en el arte de los sarcófagos durante mucho tiempo, se muestra claramente lo que tanto las personas cultas como las sencillas encontraban en Cristo: Él nos dice quién es en realidad el hombre y qué debe hacer para ser verdaderamente hombre. Él nos indica el camino y este camino es la verdad. Él mismo es ambas cosas, y por eso es también la vida que todos anhelamos. Él indica también el camino más allá de la muerte; sólo quien es capaz de hacer todo esto es un verdadero maestro de vida”³¹.

3. Conclusión

La relación de los principales ejes de Epicuro es que una verdadera compañía ni atisba por demostrar una vida no deseable ni la provoca a hundirse más en el temor; corrige para bien y para la salud. Si la vida es celebración de la existencia, entonces está en miras con los otros. Es interesante, además, que mientras se destaca la época helenística inmiscuida en la religión individual, Epicuro haya insistido en la amistad como fuente de todo bien. Este decurso filosófico, demuestra que lo superlativo en Epicuro no es la búsqueda de un yo individual, sino y, sobre todo que, buscándose a sí mismo, haya una interrelación, un constante encuentro con los otros, a saber, con el amigo.

Esta sección del artículo pretendió relacionar la amistad con una de las sentencias máximas del **tetrafármaco**, no como idea de que después de la muerte no pueda existir un más allá, puesto que este es un tema bastante debatido por la

³¹ “Hac in imagine, quae postea diu permansit in sarcophagorum arte, evidens redditur id quod homines sive docti sive simplices inveniebant in Christo: Ille docet nos quisnam vere sit homo et quidnam facere teneatur ut vere sit homo. Ostendit Ille nobis viam et haec via veritas est. Ipsemet sive via sive veritas est, idcirco etiam vita est quam omnes quaerimus. Monstrat Ille nobis viam ultra mortem; tantummodo qui hoc facere valet, verus est magister vitae” *Litterae Encyclicae Spe Salvi Summi Pontificis Benedicto PP. XVI Episcopis, Presbyteris ac Diaconis Viris et Mulieribus Consecratis Omnibusque Christifidelibus Laicis de Spe Christiana* No. 6. Tomado de http://www.vatican.va/content/benedict-xvi/la/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20071130_spe-salvi.html

teología y, más precisamente, en la escatología. Se puso de manifiesto que la amistad pretende acompañar en momentos de angustia y limpiar cualquier temor en la conciencia, ayudar y atender a cualquiera arrastrado por la opinión de la masa. En este sentido, la amistad se instaura como forma de terapia de la condición humana. Finalmente, es un vínculo afectivo que se articula en la filosofía como terapéutica, como espacio dialógico de construcción y solución de los problemas que conciernen al dolor:

“Padezcamos junto a nuestros amigos, no llorando, sino reflexionando. De este modo, la única manera para encontrar la tranquilidad ante el fallecimiento de algún querido lo disponen los verdaderos amigos, en tanto que refuerzan, dan seguridad; ayudan a gozar y a exponer nuestras dolencias para subsanarlas” (*Gnomologio Vaticano* 66).

Por su parte, San Agustín considera que la muerte es un paso a la vida verdadera y debe ser comprendida como descanso y reposo. Una cultura de la adicción al trabajo y a la actividad frenética, que tiende a diversiones estridentes y a la agitación del consumismo –y lo que Josef Pieper llamó “la proletarización”³²–, requiere volver su mirada a la obligación inscrita en el tercer mandamiento de la ley de Dios, muy vinculada al descanso, pues el día para el culto religioso, es también el día para aquietarse y abandonar las actividades serviles, como prefiguración de la vida eterna, en la que no existirá el trabajo como castigo por el pecado original, sino que los hombres vivirán por siempre contemplando y amando a Dios, es decir, recuperando lo perdido por la caída de los primeros padres. Al respecto, San Agustín presenta, a manera de oración, un bellissimo horizonte para todos los hombres, pero, de modo muy especial, para aquellos que ya se acercan a la Jerusalén celestial, quizá en un viernes de pasión con amarguras, invitándolos y desafiándolos, no obstante, a llenarse de gozo, sin dar lugar a tristezas malsanas.

Sirvan, pues, como conclusión las hermosas y sentidas palabras del santo de Hipona Regia, por medio de las cuales trae a la memoria la compañía permanente de Jesucristo, quien triunfó sobre la muerte y manifestó a la humanidad el carácter redentor del dolor, razón por la cual no puede considerársele absurdo, carente de sentido o estéril:

³² Josef Pieper, *El ocio y la vida intelectual*, Madrid, RIALP, 2017, p. 28.

“Señor Dios, danos la paz, puesto que nos has dado todas las cosas; la paz del descanso, la paz del sábado, la paz que no tiene tarde. Porque todo este orden hermosísimo de **cosas muy buenas**, terminados sus fines, ha de pasar; y por eso se hizo en ellas **mañana y tarde**.

Mas el día séptimo no tiene *tarde*, ni tiene ocaso, porque lo santificaste para que durase eternamente, a fin de que así como tú descansaste el día séptimo después de tantas obras **sumamente buenas** como hiciste, aunque las hiciste estando quieto, así la voz de tu Libro nos advierte que también nosotros, después de nuestras obras, **muy buenas**, porque tú nos las has donado, descansaremos en tí el sábado de la vida eterna”³³.

Recibido: 28/04/2020

Aceptado: 30/06/2020

³³ “Domine Deus, pacem da nobis—omnia enim praestitisti nobis— pacem quietis, pacem sabbati, pacem sine vespera. Omnis quippe iste ordo pulcherrimus rerum valde bonarum modis suis peractis transiturus est: et mane quippe in eis factum est et vespera.

Dies autem septimus sine vespera est, nec habet occasum, quia sanctificasti eum ad permansionem sempiternam, ut id, quod tu post opera tua *bona valde*, quamvis ea quietus feceris, requievisti séptimo die, hoc praeloquatur nobis vox libri tui, quod et nos post opera nostra ideo *bona valde*, quia tu nobis ea donasti, sabbato vitae aeternae requiescamus in te”.
Las Confesiones XIII, XXXV-XXXVI.

Resumen. Una de las razones fundamentales por las cuales la muerte causa dolor se debe a una comprensión equívoca acerca del sentido último de la vida humana. Además, la Modernidad se desliga, en ocasiones, de la dimensión emotiva y afectiva del ser humano. Así pues, toda terapéutica del duelo mortuario exige reflexionar con seriedad acerca del sentido de la muerte, tarea en la cual la tradición filosófica y teológica occidental es un apoyo ineludible. En la primera parte se ha de revisar, desde la perspectiva filosófica de Epicuro, la concepción de la muerte según la cual la opinión ordinaria es errada y no da cabida a una vida realizada como fundamento de la tranquilidad y la salud. En la segunda parte se esbozarán los rasgos y las notas esenciales de una concepción cristiana de la muerte a partir de la obra de San Agustín de Hipona, exponiendo algunas medidas concretas de preparación para la muerte con base en su pensamiento.

Palabras clave: muerte - terapéutica dolor - vida humana - ejercicios espirituales.

Resumo. Uma das razões fundamentais pelas quais a morte relaciona-se com a dor se deve a uma compreensão equívoca sobre o sentido último da vida humana. Além disso, a Modernidade se desliga, por vezes, da dimensão emotiva e afetiva do ser humano. Assim, toda terapêutica do duelo mortuário exige séria reflexão sobre o significado da morte, tarefa em que a tradição filosófica e teológica ocidental é um apoio inevitável. Na primeira parte, do ponto de vista filosófico de Epicuro, deve ser revisada a concepção de morte segundo a qual a opinião comum está errada e não acomoda uma vida realizada como fundamento da tranquilidade e da saúde. A segunda parte esboçará as características e notas essenciais de uma concepção cristã da morte a partir da obra de Santo Agostinho de Hipona, expondo algumas medidas concretas de preparação para a morte com base em seu pensamento.

Palavras-chave: Morte, Terapêutica, Dor, Vida humana, Exercícios espirituais.

Abstract. One of the fundamental reasons why death causes pain is due to an equivocal understanding of the ultimate meaning of human life. In addition, modernity sometimes distances itself from the emotional and affective dimension of the human being. Therefore, each mortuary duel therapy requires a serious reflection on the meaning of death, a task in which Western philosophical and theological tradition is an inevitable support. In the first part, from the philosophical perspective of Epicurus, the conception of death must be revised according to which the ordinary opinion is incorrect and does not accommodate a life realized as the basis of tranquility and health. The second part will describe the essential characteristics and notes of a Christian conception of the death of the work of St. Augustine of Hippo, exposing some concrete measures of preparation for death based on his thinking.

Key words: death - therapeutics - pain - human life - spiritual exercises.